

San Agustín y el Hijo de Dios. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor

RESUMEN

El presente artículo se adentra en la rica cosmovisión de la fe cristológica agustiniana. El estudio, tras la introducción de rigor, trata de acercarse a tres horizontes de la magna y poliédrica cristología de San Agustín: *fe en Jesús (el Cristo)*, *fe en el Hijo único de Dios* y *fe en nuestro Señor*. Ésta es la fe del Hiponense y ésta es la fe de la Iglesia. En las páginas que siguen se pasa revista a algunos asuntos cruciales de la visión de Cristo que posee el doctor africano: divina naturaleza del Hijo, vinculación con el Padre, unción pneumática, caracterización esencial (identificación de Jesucristo con la luz, el camino, la verdad y la vida), mediación crística (con los rasgos ontológicos y funcionales de la misma), movimiento kenótico y divinidad regia. Al final, brindamos al lector las cuatro conclusiones que emergen de modo natural de nuestra reflexión teológica.

PALABRAS CLAVE: Hijo, Señor, Padre, divinidad, mediación, filiación y encarnación.

ABSTRACT

This article delves into the rich worldview of the Augustinian Christological faith. The study, after the introduction of rigor, tries to approach three horizons of the great and polyhedral Christology of Saint Augustine: faith in Jesus (the Christ), faith in the only Son of God and faith in our Lord. This is the faith of the Hiponense and this is the faith of the Church. In the pages that follow, some crucial issues in the African doctor's vision of Christ are reviewed: divine nature of the Son, connection with the Father, pneumatic anointing, essential characterization (identification of Jesus Christ with the light, the way, the truth and life), Christ mediation (with its ontological and functional features), kenotic movement and royal divinity. At the end, we provide the reader with the four conclusions that emerge naturally from our theological reflection.

KEY WORDS: Son, Lord, Father, divinity, mediation, sonship and incarnation.

1. INTRODUCCIÓN. EL HIJO DE DIOS. UNA CRISTOLOGÍA EN EVOLUCIÓN PERMANENTE¹

En el presente artículo tratamos de abordar el análisis teológico-agustiniano de tres afirmaciones cristológicas del Credo: “*Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor*”. El estudio se articula en las tres

1 Se trata de una cristología muy rica en matices. Algunos de sus rasgos propios pueden verse en estudios de cristología agustiniana de la última década, como por ejemplo: BEELEY, Ch., «*Christ and human flourishing in patristic theology*», en *Pro Ecclesia* 25/2 (2016) 126-153; BOERSMA, G., «*Participation in Christ: Psalm 118 in Ambrose and Augustine*», en *Augustinianum* 54/1 (2014) 173-197; BOCHET, I., «*Ostendit caput, ostendit corpus (In Ps. 147, 18): L'exégèse augustinienne de l'apparition aux apôtres en Le 24, 36-49*», en *Revue d'études augustiniennes et patristiques* 65/2 (2019) 267-286; BOCHET, I., «*Réflexions sur l'exégèse figurative d'Augustin: Christ meets me everywhere: Augustine's early figurative exegesis*» de M. Cameron, en *Augustinian Studies* 45/2 (2014) 281-290; CAMERON, M., *Christ meets me everywhere: Augustine's early figurative exegesis*, Ed. Oxford University Press, Oxford 2012; CARREKER, M. L., *The integrity of Christ's scientia and sapientia in the argument of the De Trinitate of Augustine*, Ed. Peeters, Leuven-Paris 2013; CARY, P., *The Meaning of Protestant Theology: Luther, Augustine and the Gospel that gives us Christ*, Ed. Baker Academic, Grand Rapids MI 2019; CONG QUY, J., «*Humilitas Iesu Christi as model of a poor church: Augustine's idea of a humble church for the poor*», en *The Australasian Catholic Record* 93/2 (2016) 180-197; CONG QUY, J., «*Revelation, christology and grace in Augustine's anti-Manichean and anti-Pelagian controversies*», en *Phronema* 28/2 (2013) 131-149; EVAN ABLES, T., «*The Word in which all things are spoken: Augustine, Anselm, and Bonaventure on Christology and the Metaphysics of Exemplarity*», en *Theological Studies* 76/2 (2015) 280-297. GROSSE, S., «*Unglaubliche Demut: Das Paradox der Christologie bei Augustin*», en *Theologie und Philosophie* 94/4 (2019) 481-497; GROVE, K., «*Rhetoric and Reality: Augustine and Pope Francis on Preaching Christ and the Poor*», *Theological Studies* 80/3 (2019) 530-553; HABERMAS, G., «*Saint Augustine on the Resurrection of Christ: Teaching, Rhetoric and Reception*», en *Theological Studies* 79/1 (2018) 189-191; HAYNES, D., «*The transgression of Adam and Christ the new Adam: St. Augustine and St. Maximus the Confessor on the doctrine of original sin*», en *St. Vladimir's Theological Quarterly* 55/3 (2011) 293-317; IACOVETTI, Ch., «*Filioque, theosis, and Ecclesia: Augustine in dialogue with modern orthodox theology*», en *Modern Theology* 34/1 (2018) 70-81; JAROSLAW MARCINIAK, B., «*Medical Metaphors in Augustine's letters*», en *Vox Patrum* 71 (2019) 373-388; KANTZER KOMLINE, H., «*Ut in illo viveremus*»: *Augustine on the two wills of Christ*, Ed. Peeters, Leuven-Paris 2013; MECONI, D., *The one Christ: St. Augustine's theology of deification*, Ed. The Catholic University of America Press, USA 2013; SCHWEITZER, D., «*The role of human response in the resurrection of Jesus Christ*», *Toronto Journal of Theology* 34/1 (2018) 63-77; O'COLLINS, G., *Saint Augustine on the Resurrection of Christ: Teaching, Rhetoric and Reception*, Ed. Oxford University Press, Oxford 2017; O'COLLINS, G., «*St. Augustine as apologist for the resurrection of Christ*», en *Scottish Journal of*

partes de dicha confesión de fe: creer en Jesucristo; creer en (su/el) único Hijo; creer en nuestro Señor.

Teniendo en cuenta las afirmaciones de William Mallard, constatamos que la cristología de Agustín desarrolló una evolución permanente. Es imposible -y no es nuestro objetivo- explorar aquí toda la maduración cristológica del santo. Sí vamos a fijarnos en la figura del Hijo de Dios, tal y como aparece calificada y explicada por algunos textos selectos del hiponense.

Al mirar al Hijo, el santo afirmó a Cristo como la singularísima encarnación del Verbo de Dios en Jesús. Agustín -acabamos de indicarlo- tuvo su propia evolución personal en su cristología, superando su excesiva dependencia del neoplatonismo y del fotinianismo. Paulatinamente fue equilibrando su postura cristológica, hasta concluir que Dios (el Verbo divino) y el humano Jesús son una sola unión substancial en la encarnación (ench. 11,36). Cristo encarnado es salvador y redentor. Es maestro de humildad y ejemplo de humildad también. Es el que gana el amor con su nacimiento y sus acciones admirables, y el que destierra el temor con su muerte y resurrección. Es el que se ofrece a sí mismo en sacrificio en lugar de todos los sacrificios (enar. psal. 2,7). Él murió por nuestros pecados, asumidos en su carne para sufrir nuestro castigo (c.Faust. 14,6).

¿Subraya Agustín al Hombre-Dios o más bien al Dios-hombre? Harnack hace una clara opción por lo primero, y Portalié -que aduce muchos textos en favor de lo segundo- terminaría acusando la lectura cristológica de Harnack de nestoriana (no afirmaría la unidad de lo humano y lo divino en Cristo). Nosotros consideramos que, dependiendo del texto en cuestión, así se da más relieve a la divinidad o a

Theology 69/3 (2016) 326-340; OORT, J. van, «“Misisti manum tuam ex alto”: Manichaean Imagery of Christ as God’s Hand in Augustine’s *Confessions*», en *Vigiliae christianae* 72/4 (2018) 369-389; SLATER, P., *Christ the transformer of culture: Augustine and Tillich: From Logos to Christos: essays on Christology in honour of Joanne McWilliam*, Wilfrid Laurier University Press, Waterloo 2010, 113-136; PATOUT BURNS, J., «Baptism as dying and rising with Christ in the teaching of Augustine», en *Journal of Early Christian Studies* 20/3 (2012) 407-438; YAMADA, N., «What is the Evil to be overcome? Differences between Augustine’s and Pelagius’ Views on Christ’s Life and Death», *Scrinium* 11/1 (2015) 160-180; PORTER, P., «Inheriting Wittgenstein’s Augustine: A Grammatical Investigation of the Incarnation», en *New Blackfriars* 100 (2019) 452-473.

la humanidad. Y como muchos son los textos cristológicos del santo, muchos son los matices que habría que tener en cuenta. Huelga generalizar. En este artículo sobre el “Hijo” nos parece más sensato resaltar que una buena parte de la cristología agustiniana muestra al Verbo como el sujeto que rige sobre el hombre.

Agustín habla, por ejemplo, en la Navidad del 411-412 de Cristo como divino y humano por unidad de persona, anticipándose así a Éfeso (431). Valora la profunda unión de las dos naturalezas crísticas, desde el planteamiento del intercambio de propiedades, y de aquí nacen expresiones antológicas suyas como Dios crucificado, muerte de Dios, Creador creado, Dios nacido... (Trin. 1,13,18; c.Faust. 26,6; ser. 192,1,1; c.Max. 1,7). Cristo es camino hacia un conocimiento amante y participativo de Dios. Es el *Christus Medicus* (eje de la cristología agustiniana para Olegario González de Cardedal).

Su cristología se enriquece con la imagen del *Christus Totus*, según la cual considera a Cristo no sólo como la Cabeza, sino también como el Cuerpo total, que incluye a sus miembros. Una visión cristológico-co-eclesiológica, patente, por ejemplo, en Io.ev.tr. 28,1. También Agustín nos presenta al Cristo del intercambio, como milagroso comercio de trueque, en el que Cristo asume la condición humana para que la humanidad pueda asumir la condición celestial. Y es que “el *Hijo de Dios participó de la mortalidad para que el hombre mortal participe de la divinidad*” (enar.psal. 52,6). El Verbo de Dios llega al mundo en pobreza, y no en majestad, de modo que la debilidad humana no se sienta abrumada (conf. 7,18,24b). El cuerpo humano glorificado de Cristo está en el cielo, y sirve de prenda y de instrumento de la resurrección corporal de sus adoradores, en el último día (ep. 187,3,10). Estamos ante el Hijo de Dios que es el Hijo del Hombre (Io.ev.tr. 19,15). El realizó el 1º movimiento de su intercambio (vaciarse a sí mismo) prometiendo el 2º (del gozo de la resurrección de su pueblo)². Éste es el Hijo de Dios, la segunda persona trinitaria en la que ahora nos adentramos mediante la guía del águila de Hipona. Éste es el “Hijo” conectado con otros rasgos y categorías crísticas, como veremos.

² Cf. MALLARD, W., «Voz “Jesucristo (Jesús el Cristo)», en FITZGERALD, A., *Diccionario de S. Agustín*, Burgos 2001, Ed. Monte Carmelo, pp. 757-766.

2. CREO EN JESUCRISTO. JESÚS ES EL CRISTO, EL UNGIDO DE DIOS

La relación entre el Padre y el Hijo

Los primeros latinos pro-Nicea habían descrito la relación entre el Padre y el Hijo utilizando una analogía con la paternidad humana. Al igual que los padres humanos dan a luz a hijos que comparten la naturaleza del padre, argumentaron, así también el Padre divino da a luz a un Hijo que comparte la naturaleza divina. Pero usar esta analogía podría conducir a subordinar al Hijo al Padre, ya que los hijos humanos están subordinados a sus padres. Agustín resuelve este problema argumentando que los nombres “Padre” e “Hijo” indican *relación* pero *no sustancia*. Según la teoría de Agustín, la única forma de preservar la eternidad del Hijo es negar por completo que los nombres “Padre” e “Hijo” pertenezcan a la naturaleza divina. Él quiere articular la unidad y la diversidad en la realidad divina trinitaria. Hilario era reticente a emplear analogías humanas para describir la sustancia divina; Ambrosio, por su parte, distingue entre la naturaleza común del Padre y del Hijo y sus propiedades personales. La teología trinitaria de Agustín -en su conjunto- está moldeada por su apropiación del pensamiento latino pro-Nicea. Agustín estaba perfectamente injertado en su tradición.

En opinión de M. Weedman, sería deseable examinar más la relación entre la gramática cristológica de Agustín y su gramática trinitaria. Weedman ya ha sugerido que estas gramáticas son similares: Agustín habla de Dios, y la forma en que habla de la encarnación revela mucho sobre la forma de su pensamiento en *De Trinitate*. Los latinos pro-nicenos, incluido Agustín, siempre supieron que Padre e Hijo eran distintos en “algunas cosas”. La pregunta de Agustín y de la teología pro-nicena siempre fue cómo articular su unidad sustancial. Sí: la preocupación pro-Nicea consistía en encontrar la unidad en medio de la diversidad. Al igual que con la “teología del nombre”, la cuestión de la generación eterna supone que hay dos personas, Padre

e Hijo. La defensa de la generación eterna del Hijo significaba unir al Hijo con la sustancia del Padre ³.

La comprensión de Jesucristo como “el Hijo” nos ayuda a valorar la unidad del sujeto personal de Cristo. Esto, al tiempo que se da en Agustín, recorre la historia de la teología: se da también en teólogos actuales (pensemos en J. Ratzinger). Para él decir que Jesús es “el Hijo” expresa de forma concentrada el propio ser de Jesús y su relación con el Padre. Con una fuerte impronta joánica, Ratzinger capta la unidad del sujeto cristológico ⁴.

El Padre goza cuando hacemos igual a él a su Hijo único; goza porque no es celoso (ser. 139.5). Y como Dios no siente celos de su Hijo único, por eso engendró lo mismo que es él. Podemos ultrajar tanto al Hijo como al Padre, al que pensamos honrar afrentando al Hijo; podemos decir que el Hijo no es de su misma sustancia, con el deseo de no ultrajar a su Padre. Entonces -nos explica el Hijo de Santa Mónica- ultrajamos a los dos. El Hijo es el resplandor del Padre (ser.118,2), unido a Él. El Espíritu Santo es el don de la amistad del Padre y el Hijo (Trin. 7,6,11). Todo lo hace el Padre por el Hijo (Io.ev.tr. 18,6). El Padre también unge al Hijo, y actúa junto a Él. Según Agustín, no hace el Padre unas cosas y hace otras el Hijo, porque todo lo que hace el Padre, lo hace por manos del Hijo. Resucitó a Lázaro el Hijo: ¿por ventura esta resurrección no fue también obra del Padre? Dio vista el Hijo a un ciego: ¿no le iluminó también el Padre? Sí: el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es una trinidad de personas; pero su obrar es único, única su soberanía, única su eternidad; única su coeternidad y unas mismas las acciones de la Trinidad (cf. ser. 126,10).

Agustín exhorta a creer que el Hijo es igual al Padre; pide creer además que el Hijo procede del Padre, y no el Padre del Hijo (ser.

3 Cf. WEEDMAN, M., «Augustine's De Trinitate 5 and the problem of the divine names “Fahter” and “Son”», *Theological Studies* 72 (2011) 768-786.

4 Cf. URÍBARRI BILBAO, G., «Jesucristo, el Hijo», en INSTITUCIONES ACADÉMICAS SAN DÁMASO, *Jesucristo en el pensamiento de Joseph Ratzinger* (Congreso Internacional. Madrid 11 y 12 de Mayo de 2011) [Disponible en web: http://www.actosacademicossandamaso.es/congreso_mayo2011/index.php?option=com_content&view=article&id=83:jesucristo-el-hijo-d-gabino-uribarri-bilbao&catid=41:ponencias-videos&Itemid=67 / Consulta: 12.05.2011].

140,5). Subraya en este razonamiento apologético la divinidad del Hijo y asegura que decir que el Hijo “es menor” es mostrar que se tiene una fe adulterada (ser. 140,5). El Hijo es el verdadero Dios y es la vida eterna (ser. 140,3). Puede decirse que recibirle a Él en la fe es recibir la vida eterna, cumpliendo al mismo tiempo el precepto del Padre. El precepto del Padre es el mismo Hijo, la misma vida eterna (ser. 140,6).

De la relación del Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo. No se puede separar, en la teología agustiniana, la identidad-misión del Espíritu Santo de la identidad-misión del Padre y del Hijo. El Espíritu Santo procede *principaliter* del Padre y *communiter* del Padre y del Hijo (Trin. 15,17,29). El Padre y el Hijo poseen en común el Espíritu Santo, porque es el Espíritu “único” de ambos. Lo admite el santo en su ser. 71,33. El Espíritu Santo procede *principaliter* del Padre (el Padre tiene *auctoritas* sobre el Hijo) y *communiter* del Padre y del Hijo, ya que el Padre con la generación entrega todo al Hijo (cf. Trin. 15,17,29). El don del Espíritu Santo nos ayuda a nosotros a vivir como hijos adoptivos (ep.Rm.inch. 44 [52]).

La divinidad del Hijo

Tal y como personalmente hemos podido constatar, Agustín defiende sin fisuras la divinidad del Hijo, especialmente, en su polémica antiarriana. Indica a estos herejes que el Hijo es verdadero Dios (*Deus verus*), consubstancial al Padre. Se apoya teológicamente en el evangelio de Juan: “en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1,1). “En el Verbo de Dios reconocemos al Hijo único de Dios (Jn 1,14), del que dice San Juan: y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14)”. San Juan dice aquí dos cosas: que Cristo es Dios (1^a); que Cristo es consubstancial al Padre (2^a). Todas las cosas han sido hechas por el Verbo, y sin el Verbo nada ha sido hecho (Jn 1,2-3). Por el Verbo, por el Hijo, han sido hechas todas las cosas, todas las criaturas. Esto significa que no ha sido creado aquel por quien han sido hechas/creadas todas las cosas. Si el Hijo no ha sido creado, entonces no es criatura. Si no es criatura entonces subsiste en una misma substancia con el Padre. Y entonces el Hijo es Dios. Toda substancia que no es Dios es criatura, y toda substancia que no es criatura es Dios. Luego,

si el Hijo no es criatura, entonces es Dios. El Hijo no sólo es Dios, sino que es Dios verdadero (Trin. 1,6,9). Mediante el Hijo, mediante Jesucristo “*son/existen todas las cosas*” (1 Co 8,6). Todo ha sido hecho por Él. Si el Hijo es creador, entonces el Hijo es Dios. Por eso Agustín defiende la igualdad del Padre y del Hijo; subraya la indivisibilidad de las operaciones trinitarias “*ad extra*” de las divinas personas (Trin. 1,6,9). Dice que así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables, así obran inseparablemente (Trin. 1,4,7; S. 213,7). Por supuesto, dice que es imposible que el Hijo fuera creado por el Padre. El Hijo es engendrado, pero no creado: “*no ha sido creado el Verbo, por quien todo ha sido creado*” (Io.ev.tr. 1,11).

El santo advierte que Cristo, a causa de sus dos generaciones, es el Hijo de Dios y también el Hijo de hombre. Dios y el hombre forman en Cristo una unidad inseparable. Él es el único sujeto (*unus atque idem-una persona*). Lo único consecuente es la *communicatio idiomatum*⁵. Ella es la base de la *mediatio Christi*. Quien dice: «El Hijo no es de la misma sustancia del Padre», ¿qué otra cosa dice sino: «el Padre es oro, el Hijo es plata; el Hijo único es un degenerado respecto del Padre»? Un hombre engendra a un hombre; el hijo engendrado es de la misma sustancia que el padre que lo engendra (cf. ser. 139.2).

En el ser. 139.4 Agustín se pregunta que quien no tiene principio en el tiempo, ¿iba a engendrar no un Hijo como él, sino uno degenerado? Gran blasfemia es afirmar que el Hijo único de Dios es de una sustancia distinta. Indiscutiblemente, si ello es así, es un degenerado. Si al hijo de un hombre le decimos «Eres un degenerado», ¿cuál es la magnitud de la ofensa? Pero ¿en qué sentido se dice que el hijo de un hombre es un degenerado?

Dios se compromete compasivamente con la historia a través del envío de su Hijo único. Afirma el santo que en Él, que es la Cabeza (como pronto veremos), habita la plenitud de la divinidad (ep. 187,13,39 y 40). El Hijo posee en cuanto Dios la perfección absoluta del ser y por

⁵ Cf. DROBNER, H., «Esbozos de la cristología de San Agustín», *Augustinus* 54 (2009) 140-141.

eso se apropia el nombre divino “Yo soy”⁶. Esto se nos evidencia a lo largo de toda la reflexión agustiniana.

El Hijo es el Cristo-Ungido de Dios⁷

En la Sagrada Escritura aprendemos que Jesús es el Cristo, el ungido de Dios. En este sentido, es plausible hablar de la consagración del siervo ungido. En verdad, la riqueza sintética de la reflexión cristológica nos lleva también a sopesar la realidad de Jesucristo como el sacerdote ungido, como el consagrado por Dios. En efecto, Cristo ha sido consagrado por Dios Padre; su misión es sagrada y al mismo tiempo sacratizante. Además, la unción espiritual que ha recibido es diferente de las unciones del Antiguo Testamento⁸. Jesús, el Cristo, es Ungido sin dejar de ser Siervo e Hijo de Dios, tal y como se explica en el ser. 52,1.

Por lo demás, el Ungido por Dios es el Siervo de Dios⁹, y no otro. El día del bautismo de Jesucristo es el Siervo de Yahveh, preconizado por Isaías, el que recibe la fuerza de lo alto. Se trata de un poder divino que desciende sobre el Siervo sufriente, el que tenía que padecer. El poder divino se posa misteriosamente sobre el que sufre por los demás¹⁰. El siervo ungido ha sido constituido tal para proclamar –desde

6 Cf. GALOT, J., *La persona de Cristo. Ensayo ontológico*, Ed. Mensajero, Bilbao 1971, pp. 101 y 102.

7 Reproducimos aquí, con pequeños matices diferenciales, las ideas expuestas en SÁNCHEZ TAPIA, M., *Luz y salvación. Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología de San Agustín*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2014, pp. 109-113.

8 En el Antiguo Testamento se ungía a los personajes con aceite, y en Jesucristo la unción se lleva a cabo gracias al Espíritu Santo de Dios, que desciende sobre Él. Hablar de Cristo como ungido, en la teología agustiniana, es promover el diálogo enriquecedor de la cristología con la pneumatología en su pensamiento teológico. Ambas deben ir unidas en la reflexión. Justamente por esto, el que es ungido es ungido “desde lo alto” –por Dios– y se transforma en “el ungido de Dios”. Saúl, David y Salomón fueron también ungidos en sus contextos respectivos (textos bíblicos concretos que nos derivan a este tipo de unciones podemos encontrarlos, por ejemplo, en 1 S 10,1 o en 1 R 1,33-35).

9 Agustín reconoce que ya en el AT se ha dado esta imagen del siervo, y alude a ella en el caso del profeta Ezequiel (cf. civ. Dei 18,34,2).

10 Tanto el Espíritu de Dios como su poder se ciernen sobre el Siervo de Dios (*Hch* 10,38). Esto lo reconoce el propio Pedro (*Lc* 9,20), que al principio no entendió plenamente su misión. La gloria de Dios aparece, de este modo, en el

su identidad sufriente¹¹ y no desde otra– la buena nueva a los más pobres (*Is 61,1*). Así desempeña su sacerdocio. Bíblicamente, Cristo es el ungido ya prometido antiguamente por el AT y ejerce su misión desde las coordenadas cristológicas del NT, en clave de amor entregado oblativamente hasta el final¹². Cristo aparece como siervo ungido en toda su trayectoria misional: es ungido con el Espíritu profético en su bautismo y, ante su autenticidad, se levantan los falsos ungidos (*Mt 24,4-5*). Dios Padre, al resucitarlo, garantiza su veracidad: lo muestra como el verdadero Mesías. Por eso bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre por el que debamos salvarnos (*Hch 4,12*). Sólo Él, el siervo sufriente¹³ y ungido¹⁴, salva a las sociedades del poder letal del pecado. Esta unción de Cristo es una unción espiritual:

*“¿Quién, por tanto que sea de entendimiento, oyendo hablar a Dios, cuyo trono es eterno, no reconoce aquí a Cristo, a quien predicamos y en quien creemos, y este mismo Cristo ungido por Dios a la manera que Él unge, no con crisma visible, sino con espiritual e inteligible? ¿Quién hay tan ignorante en esta religión, o tan sordo frente a su fama tan difundida, que desconozca que ha sido llamado Cristo por el crisma, esto es, por la unción?”*¹⁵

El Ungido que ilumina y orienta.

La luz del Hijo y la luz de la Iglesia¹⁶

La Iglesia está unida a Cristo, el Ungido, por el amor de Dios. Él le brinda a ella su luz divina. Como resultado de la asunción de la

sufriente (*Jn 1,14*) que aparecerá lleno de gracia y de verdad. Cuando el ungido es divisado por alguien externo da un testimonio de gracia y de verdad.

11 Una identidad hondamente unida a la figura del Cristo-Mediador, según el propio santo constata (cf. *civ.Dei 17,9*): el ungido ha de proclamar e iluminar.

12 Este es, precisamente, el perfil del Siervo Altísimo, que por nosotros tanto se humilló (cf. *civ.Dei 1,24*).

13 Caracterizado como el que vivió paradigmáticamente según la *forma servi* (*civ.Dei 14,9,3*; *civ.Dei 20,30,4*). Su dimensión de “Siervo” la capta el CEC en los nn. 565,623 y 608.

14 La doctrina eclesial también así lo reconoce en CEC 453.

15 *Civ.Dei 17,16,1*.

16 Cf. MCWILLIAM, J., «La cristología de las “enarrationes” de 392 sobre los salmos», *Augustinus*, revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos, vol. 56, nº 220-221 (XV Congreso Internacional de Estudios Patrísticos), 2011, pp. 145-151.

Iglesia en Cristo, pertenecen a ella los frutos de las victorias ganadas por él, desde el presente perdón de los pecados hasta las futuras resurrección corporal y visión de Dios. Cristo emplea la oración de petición; es retratado por Agustín como un hombre cuyas esperanzas y temores hallaron expresión en el hecho de que se volviera hacia Dios para pedir para sí fuerza, y de que implorase a Dios que no se apartase de él. Cristo hombre “depende de” la ayuda divina. En algunas enarraciones a los salmos (por ejemplo, de la 1 a la 32), el hiponense maneja muchos nombres y títulos para Cristo: árbol plantado junto a cursos de aguas, rey sobre Sión, mediador, médico, piedra angular del templo, escudo invicto, espada de dos filos, pastor, fuerza, sabiduría, cabeza y cuerpo... Asegura a los donatistas que en vez de prometer lealtad a hombres (Donato y sus seguidores), deben poner su confianza sólo en el Señor. Como la luna, la Iglesia tiene una cara oscura y otra luminosa. Como sólo del sol recibe la luna su luz, así la Iglesia no tiene su luz sino del Unigénito Hijo de Dios. Agustín critica a los donatistas: alegar santidad apartados de Cristo y romper esa unidad eclesial en nombre de esa santidad, es hacer gala de un orgullo que está totalmente en desacuerdo con la humildad de Cristo.

Nosotros, yendo tras el pecado, perdimos la luz, y con la vuelta a Dios recibimos la luz. Una cosa es la luz que nos alumbría y otra nosotros, que somos alumbrados. La luz que nos alumbría y orienta no se aleja de sí ni pierde su resplandor, porque ella es la luz misma. Así es como muestra el Padre al Hijo las obras que hace, en el sentido de que el Hijo ve todas las cosas en el Padre, y así es el Hijo todas las cosas en el Padre (cf. Io.ev.tr. 21,4). En este sentido Agustín es muy realista: sabe que el Verbo, al que el santo define como igual al Padre, Luz de la Verdad y Sabiduría (ser. 5,7), el Hijo Unigénito, que es la luz engendrada y la sabiduría de Dios (gn.litt.imp. 5,19-22), no siempre ha sido bien acogido por los hombres (*Jn* 1,11). Dios es luz y bebida; acercándonos a Él recibimos la iluminación. Si reconocemos la Palabra de Dios junto a Dios, reconocemos al Hijo Unigénito igual al Padre, reconocemos la luz de la luz, el día del día (cf. ser. 225 y 226).

El Hijo de Dios –Palabra de Dios– se hace hijo de hombre, luz verdadera que lo ilumina todo (ep. 140,4,10 a Honorato). El proceso existencial y transformante de la pascua nos lleva a ser luz en el Señor para andar como hijos de la luz (ser. 222). Él es el que procede del

Padre y es el día que procede del día; es el Hijo, la luz que procede de la luz (c.adv.leg. 1,15). Pareciera como si en la teología agustiniana la clave teológica “luz” equivaliese a la categoría “divinidad”. Por esta razón dice Agustín que “el Hijo es el esplendor de la gloria del Padre” (enar.psal. 71,8 [v.5]). La iluminación es ante todo un don de Dios Padre, que envió a su Hijo como Salvador del mundo (ep.Io. homil. 8^a,13). La luz de Dios -en el Hijo- ilumina a la Iglesia para salvarla; con ella todo acto bueno es enteramente del hombre y enteramente de Dios, con el fin de que seamos hijos de Dios (cf. retr. 1,22,4).

El Cristo-Ungido es via, veritas et vita¹⁷

El Cristo de Agustín también es presentado -y no podría ser de otro modo- como Camino, Verdad y Vida. Cristo es *Camino*. Agustín afirma contra Porfirio que está garantizado el camino universal de salvación, que es la fe en Cristo, puesto que Cristo ha merecido esa fe. Cristo es también el camino en cuanto que es el sentido de la Historia de la salvación. Así había visto a Cristo San Pablo. Pero este tema de Cristo “Camino” cobra para Agustín un sentido más original, desde el momento en que se ve precisado a renunciar a la mística neoplatónica, y a reconocer que entre Dios y el alma (*Deum et animam scire cupio*) no hay camino directo o inmediato. El “Camino” une y separa al mismo tiempo dos puntos distantes. Agustín se lamenta de haberse hecho tantas ilusiones filosóficas, cuando en realidad no hay más que un camino, camino de un Nuevo Testamento o alianza con Dios, camino que es Cristo.

Cristo es *Verdad*. El Ungido es Verbo-Verdad. Agustín quería a toda costa “entender” y el platonismo le llevaba a buscar la verdad iluminante y absoluta. El Verbo de Dios se identifica con la Verdad, Dios en Dios, Hijo unigénito. Por nosotros se vistió de carne, naciendo de María, Virgen, para cumplir la profecía que dice que “la verdad nació

¹⁷ Cf. LOPE CILLERUELO, *Las funciones de Cristo, según San Agustín*: Archivo Teológico Agustiniano 1/3 (1966) 189-213. Disponible en la web: http://www.agustinosvalladolid.es/estudio/investigacion/estudio_agustiniano/_estudiofondos/estudio1966/estudio_1966_2_02.pdf / Consulta: 04.04.2020.

de la tierra” (Io.ev.tr. 41,1). Cristo es también la Verdad en cuanto Verbo Encarnado. Cristo es la Verdad para conducirnos al Cielo.

Cristo Es *Vida*. Fuera de Cristo no hay posibilidad alguna de vivir la vida sobrehumana. Para referirnos a la vida sobrenatural hay que pasar por Cristo y por su Redención. Cristo es la Vida para todos aquellos que de cualquier modo pudieran volver a “incorporarse a Él”. Cristo es la Vida de su Cuerpo Místico, extendido por todo el mundo, encendido en el amor e iluminado por la verdad, llegado a la plenitud, convertido realmente en pléroma terrestre de Cristo. Cristo es, en el seno de su Padre, la verdad y la vida; él es el Verbo de Dios, y de él se dijo: “La vida era la luz de los hombres” (Jn 1, 4). Siendo, pues, en el Padre la verdad y la vida, y no sabiendo nosotros por dónde ir a esta verdad, él, Hijo de Dios, Verdad eterna y Vida en el Padre, hízose hombre para sernos “camino”. Siguiendo el camino de su humanidad -nos advierte Agustín- llegaremos a la divinidad. Él nos conduce a él mismo. No andemos buscando por dónde ir a él fuera de él. Si él no hubiera tenido voluntad de ser camino, extraviados anduviéramos siempre. Hízose, pues, camino por donde ir. No nos dice ya “busca el camino”, pues el camino mismo es quien viene a nosotros (cf. ser. 141,1).

3. CREO EN SU ÚNICO HIJO. EL UNIGÉNITO

La filiación única del Hijo y la nuestra¹⁸

Dios no quiere abandonar a la raza humana en su ruina eterna, y por esta razón envía al médico (su Hijo) que es el Salvador. Gracias a la sangre del único justo y a la humildad de Dios se posibilita la única purificación de los pecadores y orgullosos. El Hijo de Dios es el que existía desde siempre en la forma de Dios, pasando a adquirir posteriormente la forma de siervo. La encarnación, entendida en el contexto de la *humilitas Christi*, aparece como antídoto frente al orgullo de

¹⁸ También se nos habla de la filiación del Hijo, según la teología agustiniana, en BYEON, J., *La deificatio hominis in Sant'Agostino. Dissertatio ad Doctoratum in Theologia et Scientiis Patristicis*, Romae 2008, pp. 128-130; 209-213; 336-338.

Adán. Nosotros, gracias al único Hijo de Dios, participamos también del don de la filiación: somos nuevas criaturas, dueñas de las primicias del Espíritu, pues tenemos los primeros frutos, cuyo origen último es el Espíritu Santo. Al mismo tiempo los espíritus (con minúscula) se ofrecen a Dios en sacrificio son envueltos en el fuego divino. Nuestras mentes se ofrecen a Dios, pues el *spiritum* también es entendido en la teología agustiniana como *mens*.

El bautismo renueva a los seres humanos, que estamos llamados a la dignidad de los hijos; esto no es otra cosa que ser llamados a ser similares al Hijo. Somos similares a Él al poseer las primicias del Espíritu regenerador. Los hijos de Dios -participantes de la filiación del Hijo, aunque no en la unicidad, sino en la adopción- estamos destinados a la vida eterna y a la felicidad celestial. Somos renovados a imagen de Dios, hasta llegar a ser similares a Él. Esto nos exige comportarnos como hijos de Dios. Los hijos son también considerados por Agustín como “dioses” (con minúscula). Los dioses e hijos del Altísimo son aquellos que viven *secundum Deum*, mientras que el hombre que vive *secundum hominem* es sólo un hombre. El objetivo de los hijos es permanecer constantemente sujetos a Dios.

La filiación -en la órbita teológica agustiniana- está inextricablemente unida a la justificación y a la deificación. El que justifica también deifica. Somos hijos, justificados, deificados... Dones insuperables que Dios nos concede -en el único Hijo- a sus hijos. No obstante, no todo se ha concluido en nosotros completamente. Nosotros, que poseemos ya las primicias del Espíritu, gemimos esperando interiormente la adopción de los hijos, la redención de nuestro cuerpo, según Juan. Ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha mostrado lo que seremos. Cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es (1 Jn 3, 2). La dignidad de ser hijos de Dios en la tierra se obtiene a través de las primicias del Espíritu: esto acontece en fe y en esperanza.

Somos similares al Hijo cuando nos conformamos a la imagen del Hijo. Vamos participando de una caridad inefable, y también de una estabilidad duradera, recibiendo el honor de estar allí donde está el único Hijo. No somos iguales a Él en su divinidad, sino que estamos asociados con Él en la eternidad. Desde este planteamiento agustinia-

no, ¿en qué sentido los hombres seremos dioses? Seremos dioses igual a los ángeles de Dios. Los hijos de Dios –advierte el hiponense– no son simplemente hombres que no son sinceros. Están destinados a la felicidad celestial y a la paz definitiva. ¿Y cuál es la herencia de los hijos de Dios? La herencia de los hijos de Dios es la paz, convencidos de que la paz es Dios mismo. Los hijos alcanzan la sabiduría, es decir, la contemplación de la verdad que satisface a todo hombre y lo asimila a Dios. Entonces los hombres se regocijan en la abundancia de la paz, tal y como indica el salmo 36,11. Y la paz –lo acabamos de señalar– es Dios mismo. Aquí está la herencia de los hijos de Dios, como dice el Señor en *Mt 5: 9*: “Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios”. Entonces, vivamos como hijos de Dios (conf. 8,4,9). Se nos exhorta a creer y a reconocer que todos somos hermanos e hijos en el Hijo (cf. *Ga 4, 4-5; Ef 1, 5; Rm 8, 15*), hijos de la Luz e hijos del día (*1 Ts 5,5*). En el Hijo encontramos el Único Verbo (f.et symb. 2,3-3,4) del único Padre. Es el Hijo único de Dios Padre, ya que es Hijo único por naturaleza; los demás lo somos por gracia, según el ser. 265-E.

En el ser. 226 el santo dice que reconocemos la Palabra que es Dios junto a Dios; reconocemos al Hijo unigénito igual al Padre, a la luz de la luz y al día del día (cf. ser. 226), con el que estaremos al final. Somos luz, no en nosotros, sino en el Señor (*Ef 5,8*). Ahora hemos de caminar como “hijos de la luz” (ser. 226). Agustín integra la filiación con la iluminación: el Hijo es Luz de Luz o esplendor de la Luz (c.adv. leg. 1,15). El Hijo vive la única filiación¹⁹. La segunda persona de la Santísima Trinidad -desde su identidad ontológica- es única, singular, e insuperable.

a) La unicidad de la filiación

Agustín advierte que Cristo Sacerdote es el Hijo único del Padre²⁰. Vivió, oró y obedeció como un hijo y su “filiación única” nos

¹⁹ También reproducimos aquí, con ligeras modificaciones redaccionales, lo expuesto en SÁNCHEZ TAPIA, M., *Luz y salvación. Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología de San Agustín*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2014, pp. 109-111.

²⁰ Es Hijo único de Dios y es Dios (symb.cat. 2,3).

ilumina a nosotros para vivir sabiamente²¹ nuestra “filiación adoptiva”, con referencia al Padre (*Ga* 4,4-5). Agustín señala que Cristo no es uno más: es el Hijo Único de Dios²². La categoría teológica “Hijo único” es esencial en la reflexión sobre la unicidad de la mediación salvífica agustiniana. Él nos trae la liberación del mal y del pecado²³. Es único salvador porque es Hijo Único (de Dios y del hombre al mismo tiempo). Sin dejar de ser Hijo de Dios se hace hijo de hombre²⁴. El planteamiento se desarrolla especialmente en las referencias y en los comentarios agustinianos a las obras joánicas. Las más destacadas serían las siguientes: Cristo es el Hijo único, que es Dios, y nos da a conocer al Padre a quien nadie ha visto nunca (*Jn* 1,18). Es Hijo Único porque es Unigénito (*1Jn* 4,9)²⁵. El amor de Dios para nosotros se ha manifestado en esto: en que Dios envió al mundo a su Hijo Único para que vivamos por medio de Él (*1Jn* 4,8-9)²⁶. Al hablar del Hijo de Dios y del hijo del hombre Agustín nos indica:

21 Ep. 170,4, dirigida a Máximo.

22 Es necesario captar en la teología del santo esta unicidad, a la que Agustín alude en los siguientes pasajes: conf. 13,5,6 (cuando se refiere a la creación del cielo y la tierra que Dios lleva a cabo con su Hijo, la Sabiduría) y en el comentario a otros textos creacionales (conf. 13,9,10); al hablar del único Esposo (conf. 13,13,14); de “el Hijo” en el que se nos muestra lo que seremos (conf. 13,15,18). Es el que, siendo único, es Virtud de Dios y Sabiduría de Dios (lib.arb. 1,2,5); el que, sin ser una parte de Dios, tiene naturaleza divina (an.et or. 2,3,5); el Hijo único de Dios del que procede el Espíritu Santo (an.et or. 2,3,5); el que es Hijo unigénito de Dios (an.et or. 3,3,3) y el que ha sido engendrado y no hecho (nat.b. 24). Aunque es Hijo Único de Dios se ha dignado tener hermanos y coherederos (ser. 51,28): en el ser. 57,2 habla de “innumerables hermanos”.

23 Es Hijo único y Liberador, tal y como vemos en exc. Gal. 30 [4,4-5].

24 Ser. 121,5. Sobre el Hijo del hombre encontramos también referencias en CEC 440 y 460.

25 Al Hijo de Dios “Unigénito” se refiere Agustín en ep. 205,4,18; ep. 238,2,10; agon. 1,1; s.Dom.mon. 1,2,9. Dice también que el Hijo Unigénito de Dios es “auténticamente” Dios, igual al Padre (div.qu. 73) y también al hablar de la creación (el Hijo Unigénito, por el cual creó todas las cosas: Io.ev.tr. 124,5). Sobre todo se explaya el santo en Io.ev.tr. 3,1ss. El Hijo de Dios es modelo original a cuya imagen vuelven las criaturas para ser reformadas (ep. 171-A,2).

26 La fe que vence al mundo es ésta: creer que Jesús es el Hijo de Dios (*1Jn* 5,4-5). Señala el santo también que toda la vida de Cristo es revelación luminosa de su Padre: “El Hijo de Dios ha bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado” (*Jn* 6, 38); la cercanía Padre-Hijo es fortísima: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (*Jn* 14,10); hay identidad de mensaje:

*“Fue, por tanto, predestinado Jesús, para que, al llegar a ser hijo de David según la carne, fuese también, al mismo tiempo, Hijo de Dios según el Espíritu de santidad; pues nació del Espíritu Santo y de María Virgen. Tal fue aquella singular elevación del hombre, realizada de manera inefable por el Verbo divino, para que Jesucristo fuese llamado a la vez, verdadera y propiamente, Hijo de Dios e hijo del hombre; hijo del hombre, por la naturaleza humana asumiada, e Hijo de Dios, porque el Verbo unigénito la asumió en sí; de otro modo no se creería en la Trinidad, sino en una cuaternidad de personas”*²⁷.

b) La intimidad del Hijo con el Padre

En la cristología agustiniana emergen muchas constataciones teológicas sobre la “gran intimidad” entre el Hijo Único y Dios Padre²⁸. Dicha intimidad nos hace imaginar el sacerdocio cristológico como una realidad especial. En el Padre y el Hijo se da una “identidad relacional”²⁹, que nos capacita a nosotros para relacionarnos con el

“Mi Palabra no es mía, sino del Padre que me ha enviado” (*Jn* 14,24); creer en el nombre del Hijo juzga salvíficamente: «El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios» (*Jn* 3, 18); ¡Cuánto amó Dios al mundo para darle a su Hijo Único! (*Jn* 3,16). Un texto que resuena, sin duda, en la mente agustiniana es el dicho por Cristo: «Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 17,25). Cristo recibe “gloria del Padre como Hijo único, lleno de gracia y verdad” (*Jn* 1,14). La filiación divina es muy diferente de la adoptiva; Cristo la subrayó al decir “mi Padre y vuestro Padre” (*Jn* 20,17), marcando claramente la no identidad de ambas.

27 Praed.sanct. 15,30-31. El santo matiza mucho su cristología: dice que es un delito no pequeño el mantener algunas opiniones no rectas ni verdaderas acerca del unigénito Hijo de Dios (ep. 219,1). Su calificativo de Hijo de David lo recoge el CEC en 439 y 559.

28 El Padre llama al Hijo “mi hijo amado”, desde la nube, mostrando la radical intimidad, como asegura Agustín en conf. 11,6,8. Es el Hijo amado de Dios a cuyo Reino (corrept. 13,41) podrán ser trasladados los agraciados, si se conforman a la imagen del Hijo de Dios (corrept. 16,49). Este reino, que es el reino del Hijo, acoge a los regenerados en Cristo (cf. persev. 12,28-23,65). La relación singular la muestra Agustín al señalar que “sólo el Padre engendra al Hijo, sólo el Hijo fue engendrado por el Padre y el Espíritu Santo es Espíritu del Padre y del Hijo” (ep. 120,3,13). Y a nosotros el Padre nos ha querido tanto que de antemano nos conoció y predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo (c.ep.Pel. 2,10,22). Otras alusiones al Hijo las encontramos en praed.sanct. 8,13; 16,33. Todo esto revela, ante todo, la gran intimidad vivida entre el Padre y el Hijo.

29 Cf. Trin. 5,5,6.

Padre. La identidad esencial de Jesucristo es que es Hijo Único del Padre³⁰: el amor del Hijo Único de Dios³¹ engendra fraternidad en los hombres (hijos adoptivos del Padre) que viven en la ciudad. Estamos destinados a vivir en el Reino luminoso del Hijo (*Col 1,13*); por Él participamos en la intimidad del Padre, ya que “nos hace capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz” (*Col 1,12*). El que era en verdad Hijo de Dios (*Mc 15,39*), engendrado y no creado, pre-existió en intimidad con el Padre de modo único y misterioso. En este sentido, el sacerdocio de Cristo es una puerta que nos hace gozar de esta intimidad. Jesucristo, el que es Hijo único de Dios cuya sangre es derramada³², es también hijo de hombre³³. Por Él llega la salvación a todos los hombres que mantienen viva la fe en Dios.

Señala Agustín en el ser. 139.1 que aquel de quien es Hijo único tiene muchos hijos por gracia. En lógica, todos los demás santos son hijos de Dios por gracia, y sólo Él lo es por naturaleza. Los hijos por

30 No es Hijo sin más. Es Hijo Único e “Hijo amado” (*Mc 1,11*). En este contexto teológico el santo asegura la identidad plena y sin fisuras entre el Jesús histórico y la segunda persona de la Santísima Trinidad. El Hijo, que es Dios y portador de la Luz divina, ejerce la misión preferida del Padre: ofrecer la salvación a los hombres. Sólo por Él conocemos al Padre: «El Padre ha puesto en mí todo poder y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (*Mt 11,25; Lc 10,21*). Cristo es “el” revelador porque es “el” Hijo Único; autodenominarse Hijo de Dios era considerado una blasfemia, pero a Cristo no le importó manifestar su intimidad con el Padre. Al Padre tampoco le importó y en dos momentos de la vida de Cristo se abren los cielos para descubrir la especial filiación divina: «Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias» (*Mc 1,11; Mt 3,17*) se escucha durante el bautismo y se repite en la transfiguración en el Tabor (*Mc 9,6*).

31 Hijo único por el que se también se llorará (civ.Dei 20,30,3).

32 La sangre que es derramada es la sangre del Hijo de Dios (ench. 80,1), de aquel que inaugura –en la fe– un camino hacia Dios (civ.Dei 11,2). Se trata de aquel que, siendo Hijo, es el mayor de una multitud de hermanos (civ.Dei 13,23,1). Es el Hijo de Dios el que ejecutó su obra para nuestra erudición y formación (cf. ep. 12).

33 En relación al Hijo del hombre (que también está adornado con el “fulgor”: ser. 79-A) podemos acercarnos a las semillas sembradas, también en África, por este Hijo del hombre (unit.eccle. 25,73): son su carne y su sangre, la carne y la sangre del Hijo del hombre, las que hemos de comer y beber para tener vida en nosotros (doc.Chr. 3,16,24). Es el Hijo del hombre el que vino a buscar y a salvar lo que había perecido (ep. 186,8,27). Un desarrollo amplio del ser del Hijo lo encontramos en la ep. 242.

gracia no son lo que el Padre. Ningún santo se atrevió a decir lo que dice el Único: *Yo y el Padre somos una misma cosa*. ¿Acaso no es el Padre también Padre nuestro? Si no es Padre nuestro, ¿cómo le decimos al orar: *Padre nuestro, que estás en los cielos*?³ Pero nosotros somos los hijos a los que él hizo tales por su voluntad, no hijos a los que engendró de su naturaleza. Ciertamente nos engendró también a nosotros, pero –según se dice– como adoptados, como engendrados por el favor del que nos adoptó, no por naturaleza. Además, también se nos denomina así, puesto que Dios nos llamó a la adopción filial⁴: somos hombres adoptados. Se llama Hijo Único al Unigénito porque es lo que el Padre; nosotros, en cambio, somos hombres, y el Padre es Dios.

El Hijo en su función de único mediador³⁴

El tagastino conoce muy bien la distancia que media entre Dios y los hombres. Por sí mismo, el hombre podría con razón considerarse alejado y abandonado de Dios; para remediarlo, Jesucristo, siendo Dios, se hizo hombre, y en cuanto mediador anuló la distancia e hizo posible el acercamiento a Dios. La separación, la distancia y el abismo que hay entre Dios y el hombre tienen como origen el pecado que parece cortar toda posibilidad de una nueva relación. No obstante, entre Dios y el hombre no existe una infranqueable heterogeneidad, porque hay no sólo un *medius*, sino también un *mediator* que hace posible la comunicación. El único verdadero mediador, «el mediador que no engaña a nadie», es humilde, verdadero y no pecador. Es Hijo de Dios igual al Padre, que toma carne humana mortal y así puede reconciliar a los hombres con Dios.

El gran estudiioso de la mediación agustiniana es Gerard Rémy, que publicó hace más de cuarenta años su conocidísima obra *Le Christ médiateur dans l'œuvre de Saint'Augustin*, I, Atelier Reproduction des Theses Universite Lille III, Lille 1979. La obra de Rémy es su tesis doctoral en teología, y comprende dos volúmenes de 801 y 309 páginas respectivamente. César Izquierdo –basándose en civ.Dei 9,15– se

34 Cf. IZQUIERDO URBINA, C., «*Mediatoris Sacramentum: Cristo mediador en San Agustín*», en *Scripta Theologica* 39 (2007/3) / Disponible en la web: <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/11102/1/30058999.pdf> / Consulta: 31.03.2020. Texto literal de la p. 741.

fija en que en la teología agustiniana Cristo no es mediador por ser Verbo, porque el Verbo, sumamente inmortal y sumamente bienaventurado, está lejos de los míseros mortales. Es mediador por ser hombre, y nos lleva a la inmortalidad y a la felicidad. En el ser. 293,7, Izquierdo aprende que el Cristo agustiniano no es un semidiós, alguien que es en parte Dios y en parte hombre, es decir, ni verdaderamente Dios ni hombre pleno: *«Ipse Deus, Deus manet: accedit homo Deo, et fit una persona (...) totus Deus et totus homo»*.

Gracias a la encarnación del Hijo de Dios, del Hijo del hombre, la ciudad de Dios puede tener una esperanza fiable. Dios ha venido en la plenitud de los tiempos a salvarnos del tiempo, asumiendo nuestra carne. Ciertamente para Agustín –como indica A. Cordovilla– Cristo es simultáneamente y en unidad de persona Hijo de Dios e hijo de hombre³⁵. Aprendemos en la ep. 137.12 que el Verbo de Dios, Hijo de Dios y al mismo tiempo Virtud y Sabiduría de Dios⁵, llegando desde la cima de la criatura racional hasta la sima de la corporal con fortaleza, y disponiéndolo todo con suavidad⁶, presente y latente, ni encerrado ni dividido en ningún lado, nunca aumentado, pero íntegro en todas partes sin corpulencia, y en un cierto modo muy alejado del que usa para estar presente en las criaturas, asumió al hombre y con él y su propio ser hizo al único Jesucristo. Él es el único Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1Tim 2,5), igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la carne, es decir, según el hombre; inalterablemente inmortal según la divinidad, en que es igual al Padre, y al mismo tiempo mudable y mortal según la debilidad, en que es igual a nosotros.

El Hijo único y su divina humildad: el único camino hacia la patria

Olegario González de Cardedal³⁶ advierte muy sabiamente que en San Agustín el papel principal no lo juega la humanidad de Cristo,

35 Cf. CORDOVILLA PÉREZ, Á., *Gramática de la encarnación. La creación en Cristo en la teología de K. Rahner y en Hans Urs von Balthasar*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2004, p. 132.

36 Cf. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., «Cristo en el itinerario espiritual de San Agustín», *Salmanticensis* 40/1 (1993) 32 y 33.

ni siquiera la cruz como remedio y navío en el que retornamos. Para él lo decisivo es que nosotros encontramos un camino hacia la patria, porque él lo ha andado en dirección hacia nosotros antes de que nosotros lo andemos en dirección hacia él. Él ha transitado ese mar proceloso hasta nosotros y por ello sabemos que es vadeable y nos atrevemos a adentrarnos por sus abismos. Lo radicalmente decisivo, lo que le ha hecho cristiano a Agustín es comprobar que quien se da en la interioridad como vislumbre y deseo, que suscita nuestra búsqueda, se nos ha dado en la historia como realidad visible y amable; que no hemos llegado nosotros a la patria hasta conquistarla, sino que la Patria se nos ha hecho Camino.

La lejanía vislumbrada en nuestra búsqueda altiva se ha hecho cercanía en la divina humildad. La patria trasmarina se ha hecho patria intraterrena. Somos salvados por Dios gracias a la humildad de su propio Hijo, reflejada, por ejemplo en la enar. Psal. 93,15 y en el ser. 188,3. El punto decisivo de la encarnación es la humildad del Hijo de Dios. La humildad, además, posibilita al hombre dirigirse a Dios; por la ley vital de la humildad los hombres se unen en la Iglesia. La *humilitas* –en Agustín– es el núcleo de la fe cristiana y de la *communio* eclesial³⁷. Ya incluso en el nacimiento del Hijo único de Dios se ve su profunda humildad (cf. symb.cat. 3,6).

El Hijo único anunciado y su nacimiento en carne humana

El nacimiento del Hijo único se había anunciado. Todas las promesas hechas al pueblo, todas las profecías, sacerdocio, sacrificios, templo y todos los acontecimientos habían anunciado a Cristo, Verbo de Dios, Hijo único de Dios, Dios que había de venir en carne, que había de morir, resucitar, subir al cielo, subyugar con su poderoso nombre en todos los países a los pueblos que eran su herencia, mientras que los creyentes habían de obtener en Él la remisión de los pecados y la salvación eterna (cf. ep. 187,15). Agustín habla de dos nacimientos. Nuestro Señor Jesucristo, hijo de Dios e hijo del hombre, en cuanto nacido del Padre sin madre, creó todo día; en cuanto nacido de madre

37 Cf. GEERLINGS, W., «Inkarnation und Kirche. Zur Corpus-Christi-Vorstellung des heiligen Augustinus», en *Bibel und Kirche* 34 (1979) 52.

sin padre, hizo sagrado este día. En su nacimiento divino es invisible, visible en el humano, y en uno y otro admirable (cf. ser. 195.1).

Señala en el ser. 195.2 que Él es el Señor, Dios nuestro; él el mediador entre Dios y los hombres, el hombre nuestro Salvador, quien, en cuanto nacido del Padre, creó también a su madre y, creado de la madre, glorificó también al Padre; en cuanto nacido sin parto de mujer, es hijo único del Padre, y en cuanto nacido sin abrazo de varón, hijo único de su madre³⁸. Él es el más hermoso de los hijos de los hombres, hijo de Santa María, esposo de la santa Iglesia, a la que transformó en semejante a su madre. Lo que María mereció tener en la carne, la Iglesia lo conservó en el espíritu, pero con una diferencia: María dio a luz a un único hijo; la Iglesia alumbró a muchos, que han de ser congregados en la unidad por aquel hijo único. María anticipa a la Iglesia salvaguardando el sello virginal. La virginidad que Cristo pensaba abrigar en el corazón de su Iglesia, la anticipó en el cuerpo de María. En el matrimonio humano, la mujer se entrega al esposo para dejar de ser virgen; la Iglesia, en cambio, no podría ser virgen si no hubiera sido hijo de una virgen el Esposo al que fue entregada (cf. ser. 188,4).

Es más complicado –señala el doctor postniceno– hablar del nacimiento de Dios a partir de Dios. Creemos en su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, Dios verdadero de Dios verdadero, Dios Hijo de Dios Padre, pero sin ser dos dioses, pues él y el Padre son una sola cosa. Esto ya lo da a entender al pueblo mediante Moisés al decir: "Escucha, Israel, los mandamientos de la vida; el Señor tu Dios es un solo Señor". Y, si quieres pensar cómo ha nacido fuera del tiempo el Hijo eterno del eterno Padre, te recrimina el profeta Isaías, que dice: "¿Quién narrará su nacimiento?" Así, pues, el nacimiento de Dios a partir de Dios, ni podrás pensarlo ni explicarlo; sólo se te permite creerlo para poder alcanzar la salvación, según las palabras del Apóstol: "Quien se acerca a Dios es preciso que crea que existe y que recompensará a los que le buscan". En cuanto Hijo de Dios, no tuvo madre que lo conci-

38 "Llámese Hijo de Dios al santo que ha de nacer de madre humana, pero sin padre humano, puesto que fue conveniente que se hiciese hijo del hombre el que de forma admirable nació de Dios Padre sin madre alguna. (...) Dios que permanece en Dios, el eterno que vive con el eterno, el Hijo igual al Padre, no desdenó revestirse de la forma de siervo en beneficio de los siervos, reos y pecadores" (ser. 215.4).

biera y, en cuanto hijo del hombre, no tuvo varón que lo engendrara; con su venida trajo la fecundidad a la mujer, sin privarla, al nacer él, de su integridad (cf. ser. 215.3).

La insólita encarnación del Hijo único³⁹

El hiponate desarrolla la teología de la divinización del hombre, conectada con el misterio de la encarnación, que da fundamento a la filiación adoptiva de los hombres. No insiste en la *theopoesis* -como los griegos-, sino que se decanta por la liberación del mal (mediante la gracia). La divinización del hombre es la *gratia novi testamenti*. En el NT se halla la gracia esperada en el anterior. Agustín es consciente de que Dios otorga gratuitamente su gracia, y no por los méritos humanos. El hombre en Cristo está destinado a la felicidad eterna, para los que viven en el espíritu con un orden en el amor. Es el hombre celestial, que es el nuevo hombre, frente al antiguo que es terreno.

El Verbo, haciéndose carne sorprendentemente, revela que la gracia del NT no pertenece a lo temporal sino a la vida eterna. En la encarnación, el Verbo posibilita nuestra adopción de hombres como hijos de Dios, nuestra participación en la vida divina. Mediante Él, Dios es nuestra "forma"; nuestra justicia y santidad son una participación en la "forma divina". La gracia es causa de nuestra justificación. El Dios bíblico es justo y nosotros participamos en su justicia. La gracia del NT (condensada en la pasión/resurrección del Señor) se vive ahora en la fe; un día se gozará de ella en la visión, cuando los hombres contemplen al Verbo encarnado en su divinidad.

Según B. Studer el contenido de la revelación misma se puede resumir en pocas palabras: la encarnación del Hijo unigénito de Dios ha revelado todo lo que Dios quiso ser para los hombres y todo lo que Dios esperaba del hombre mismo⁴⁰. Santiago del Cura asegura que "la afirmación cristiana de la encarnación del Hijo de Dios implica sostener que el Dios trascendente se hace inmanente a la creación has-

39 Cf. GROSSI, V., «Divinización y/o filiación adoptiva en la teología espiritual de San Agustín», en *Augustinus* 62/246-247 (2017) 319-334.

40 Cf. STUDER, B., *Dios Salvador en los Padres de la Iglesia. Trinidad-Cristología-Soteriología*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, pp. 266-267.

ta el punto de devenir Él mismo carne e historia, sin perder por ello su condición divina”⁴¹. Esto queda probado en la cristología agustiana. Para R. Latourelle el hiponense encuentra en la encarnación el punto central de la revelación de Dios. Dios se ha revelado en su Hijo Jesucristo. Gracias al Hijo, Dios interviene y actúa internamente en el individuo, por medio del Espíritu; lo ilumina para que pueda responder con fe al misterio de la manifestación de Dios⁴².

A la hora de centrarnos pormenorizadamente en la encarnación del Hijo de Dios, podemos meditar –con Agustín– en los siguientes puntos: cuál era la situación del género humano; el blanco resplandor de la luz eterna (*Sb* 7,26) que se relaciona con la eternidad del Verbo (imágenes de fuego y luz); el descubrimiento de que Jesús es al mismo tiempo Dios y Hombre, etc⁴³... En la encarnación se produce un intercambio. Cristo tomó de nosotros lo despreciable y nos dio lo grandioso. Tomó nuestro mal, nos dio su bien; tomó la muerte, nos dio la vida; recibió aquí afrentas, nos dio honor; recibió aquí la cruz, nos dio el descanso. ¡Cuántos males recibió de nosotros y cuántos bienes nos otorgó! Así, pues, nuestro Señor Jesucristo se hizo hijo del hombre; con todo, aunque era Dios se hizo hombre, y no se convirtió él mismo en hombre. Permaneció en sí mismo como Dios perfecto, sin cambiar en nada peor; asumió al hombre para hacerlo mejor en sí mismo, no para hacerse peor en él (cf. ser. 140-A).

El Hijo encarnado es el Verbo creador y redentor⁴⁴. El Verbo, que es el Logos, es Dios y su característica es la inmutabilidad. Él es nuestro Creador y nuestro re-creador, según San Agustín. Todo ser creado tiene vida en el Verbo, aun antes de poseer la existencia actual. El Verbo, que es Sabiduría, ilumina a los hombres. Es Patria

41 CURA ELENA, S. del, «*Unus Deus Trinitas*», en CORDOVILLA PÉREZ, Á.; SÁNCHEZ CARO, J. M.; y CURA ELENA, S. del (dirs.), *Dios y el hombre en Cristo. Homenaje a Olegario González de Cardedal*, Ed. Sigueme, Salamanca 2006, p. 270.

42 Cf. RESTREPO SIERRA, A., *La revelación según René Latourelle. Tesi Gregoriana / Serie Teología 60*, Ed. Pontificia Università Gregoriana, Roma 2000, p. 92.

43 Cf. MARTURET, J., *Lecturas de San Agustín para los “Ejercicios” de San Ignacio*, Ed. Mensajero, Bilbao 1988, pp. 154-166.

44 Cf. WEISMANN, F. J., «Cristo, verbo creador y redentor, en la controversia antidonatista de los “Tractatus in Iohannis Evangelium” I-XVI de San Agustín», en *Stromata* 42/3-4 (1986) 301-328.

y Camino hacia la misma patria. Agustín cristianiza la comprensión del Verbo que tenían los neoplatónicos. En realidad, a los neoplatónicos les faltaba fe y humildad para llegar a poseer el Verbo vislumbrado. El Cristo agustiniano es el Unigénito del Padre y -al mismo tiempo- el Médico de nuestras miserias. Nos redime mediante su humildad. Es el verdadero Profeta. Él es Sabiduría del Padre y Poder de Dios. Es el Cordero de Dios y el *Exemplum* que tenemos delante. Jesús es el Hijo de Dios, el Cristo. Es el Mesías encarnado y testimoniado por la Ley y los Profetas. Es el nuevo Adán. Está presente en el cielo con su divinidad y en la tierra con su humanidad. Mediante Cristo-hombre encontramos a Cristo-Dios.

4. CREO EN NUESTRO SEÑOR. EL QUE GOBIERNA, EL RESPETABLE, EL DIGNO Y EL REY

El Señor, el rey y el reinado⁴⁵

El Rey ostenta el dominio sobre un ámbito concreto. Cristo es Rey y Señor. Él es el que gobierna, el respetable, el digno y el rey. Él tiene *auctoritas* y *potestas* en este mundo y también en el mundo venidero. Veámos cuál es la identidad regia del Cristo agustiniano, su relación directa con el reino de Dios, y su puesto insuperable en la ciudad de Dios.

a) *La identidad regia de Cristo.* Ciertamente un título cristológico que muestra la soberanía del Hijo de Dios es el título *Rex*. Él es Rey eterno⁴⁶. Su carácter regio, que le viene de su divinidad⁴⁷, se muestra en un ser y un obrar respetuoso y suave con el hombre⁴⁸. Cristo, en la teología agustiniana, no es un monarca insoportable, absoluto, tirano o poco respetuoso con la libertad del hombre:

⁴⁵ Reproducimos aquí, con ligeras variaciones, lo expuesto en SÁNCHEZ TAPIA, M., *Luz y salvación. Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología de San Agustín*, Ed. Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2014, pp. 96-98.

⁴⁶ Op.mon. 23,27.

⁴⁷ Por esta razón el santo habla de “mi Rey y mi Dios” (conf. 1,16,25).

⁴⁸ Incluso su yugo, el yugo del Gran Rey, es siempre un yugo suave (conf. 8,4,9).

todo lo contrario. Él, sin dejar de ser Rey, es el Rey manso de la *kenosis*, del abajamiento⁴⁹. Él es Rey Supremo, y es también Supremo Legislador y Sabio Juez⁵⁰. Cristo es Rey, siendo Dios y hombre al mismo tiempo; ejerce su reinado⁵¹ que está vinculado al cielo⁵². El carácter regio le viene de su ser Dios: está sentado junto al trono divino de su Padre y posee el imperio supremo sobre las criaturas. También se vincula a la tierra, porque está asociado al trono de David, de quien desciende: 2 Tm 2,8.

- b) *Las vinculaciones entre el Rey y el Reino de Dios.* Cristo altera la comprensión clásica y las categorías asociadas al concepto “reino”. El *Regnum Christi*, como él mismo dice en su pasión, *non est de hoc mundo* (Jn 18,36)⁵³. Es un Reino con base espiritual y con dimensiones sociales, que supera cualquier individualismo⁵⁴. Cristo

49 Fue incluso un Rey tentado, tal y como aparece en conf. 10,31,46. Así ejerce su triple misión de sacerdote, profeta y rey. Su misión de reinar le viene del Padre, pues de Él ha recibido la potestad, el honor y el Reino (Dn 7,13-14). Cristo es Rey luminoso porque es Rey en la conciencia y además Verdad revelada.

50 Se pregunta el santo que quién presumirá de tener casto el corazón cuando el Rey se siente en el trono (se supone que para juzgar) (ep. 167,6,20).

51 Los miembros de la Iglesia saben que Cristo reina y son miembros conscientes de ese reino. Eso es, ante todo, lo que les distingue –en cuanto Iglesia– de los demás miembros del reino de Cristo, que pueden estar al servicio de la soberanía sin saberlo. El reino de Cristo no depende del éxito o del fracaso de la Iglesia, sino de su fidelidad en desempeñar su misión (cf. CULLMANN, O., *La realeza de Cristo y la Iglesia*, Ed. Studium, Madrid 1974, pp. 65 y 73).

52 Esta razón queda aducida cuando Agustín le pide a Dios tanto por el Rey como por Jerusalén, la que será patria pura y casta (conf. 10,35,56).

53 Sin embargo el real poderío del Dios-Hombre se extiende a todos los hombres y a todas las naciones del mundo. Su realeza es una realeza suprema, absoluta y universal. Se trata, al mismo tiempo, de una realeza palpitante en el fondo de todas las profecías, omnipresente en las Sagradas Escrituras. Es la realeza del que es, en su misma persona, Rey, Sacerdote y Libertador. Es Rey *iure nativo* (en nuestra carne) y también *iure quaeſito* (por derecho y para la redención) (cf. EUSEBIO NEGRETE, *La realeza de Cristo según San Agustín: Religión y cultura 4* [1931] 161-176).

54 El propio Cristo, sin dejar de ser Rey, se ha dignado asociarse a nosotros siendo hermano nuestro (ep. 243,1): valora la dimensión social. También se trata de un Rey vinculado a la excelencia, a la primacía, al dominio, al gobierno, al poder, a la grandeza, al esplendor, a la suntuosidad, desde un carácter único, trascendente, incomparable, singular... Su misión está calificada por el esplendor, la belleza, la sabiduría y la providencia divina (cf. JORGE PIGNOL, *Cristo, fundador*

quiere que nosotros “reinemos” con Él⁵⁵, haciendo de nosotros un sacerdocio real si nos unimos a Él. Es un Rey que ya ha triunfado, que triunfará por siempre y que desea la hermosura de su única esposa y de sus miembros⁵⁶. Espera que reinemos con Él; a su Reino somos trasladados tras ser liberados –por Él– del poder de las tinieblas (*Col 1,13*).

- c) *La misión del Rey en la ciudad de Dios.* Estamos ante un rey que vive inmerso en el escenario histórico. Cristo, Rey de los judíos⁵⁷, nació en Belén habiendo tomado cuerpo de una Virgen⁵⁸. Los magos le reconocieron como Rey, y por eso, junto al incienso y a la mirra, le llevaron oro. Su reino y su oferta intraeclesial (cuyo cumplimiento es escatológico⁵⁹) atraviesa los siglos y llega hasta hoy: fuera de Cristo Rey no ha de buscarse la salvación, porque no se ha dado al hombre ningún otro nombre para que pueda ser salvado (*Hch 4,12*). La salvación hay que buscarla y encontrarla en

y rey de la ciudad de Dios en la obra homónima de San Agustín: Augustinus 49 [2004] 273-283). Es, además, el Rey universal, mostrado como tal en el contexto de su pasión (no sólo de los judíos, tal y como pretendía Pilatos) (cf. BENITO Y DURÁN, Á., «Consideraciones agustinianas en torno a la pasión y realeza de Cristo», *Augustinus* 4 [1959] 401-402).

55 Agustín proyecta al más allá este reinar con Cristo. Desea que “reinemos eternamente con Cristo, en la tierra de los bienaventurados, en la tierra de los que viven, en la tierra de la Iglesia” (doc.Chr. 3,34,49). Este mismo sentido lo vemos en Gn.litt. 11,15,20.

56 B.vid. 19,24.

57 Es el Rey de los judíos, de los que esperan a Cristo en la tierra. Tanto la historia de Israel como la historia de la Iglesia son cristocéntricas, aunque con sus diferencias. Los judíos esperan a Cristo en la tierra y los cristianos en la patria. La historia de ambos pueblos es diversa y –a la vez– cristocéntrica. La historia nos muestra que la religión de Israel congregó al pueblo en el desierto y en la tierra de Canaán: se puede ver aquí una “ciudad de Dios incipiente”, teocráticamente organizada, que se autoconsidera ligada a Yahveh, y que ve en todo la voluntad divina, conservando dentro del Arca la Torah (cf. ÁLVAREZ, J., *La teología del pueblo judío, según San Agustín. Tesis Doctoral*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1968, pp. 480-503).

58 Ep. 137,2,6.

59 A la Iglesia reinante y celestial Agustín la llama en alguna ocasión la “celestre república, la única en la cual se ha de vivir siempre y bienaventuradamente” (ep. 155,1,1).

la luz que alumbra la ciudad de Dios⁶⁰, y no al margen de la misma. Cristo Rey es consciente de que para esto ha nacido y para esto ha venido al mundo, para dar testimonio de la Verdad. La Verdad que se respira dentro de la ciudad de Dios es el núcleo del testimonio regio de Cristo (único Rey)⁶¹ y del mensaje de su voz (*Jn* 18,37). Esta Verdad no quiere ser encerrada en el subjetivismo o en el pietismo. Agustín la ubica dentro de la sociedad de la ciudad de Dios. Cristo, verdadero Rey⁶² y fundador de la ciudad de Dios⁶³, quiere que en la ciudad divina se vivan las paráboles del Reino, predicadas por Él⁶⁴. Entonces se asimila su luz y se alcanza la herencia de los santos, en la luz (*Col* 1,12).

Evidentemente, Agustín reconoce el reinado de Cristo en la Sagrada Escritura, tanto en el AT como en el NT. También en su propia experiencia personal, pues su alma ha sido convertida radicalmente por la gracia de Cristo. Ha sentido en sí mismo la fuerza y la victoria del amor de Dios, revelado en Cristo Jesús. Aquí Agustín encuentra

60 Esta luz alumbra tanto a la familia de Cristo, el Señor, como a la peregrina ciudad de Cristo Rey (civ.Dei 1,35). Este Rey –siendo el verdadero Rey de los siglos– envía a su ángel, que concede la victoria a quien quiere (civ.Dei 4,17). Es Rey eterno y también Fundador y Salvador; personifica el amor humilde de Dios y es el rector de la ciudad santa de Dios, que –al mismo tiempo– se entrega en sacrificio. Por esta razón el mejor ejemplo de auténtico e ilustre ciudadano de la ciudad de Cristo Rey se encuentra en el mártir, el sacrificado (cf. PIÑOL, J., «Cristo Rey, fundador por su sacrificio», *Augustinus* 51 [2006] 79-121).

61 Es el Rey único (se subraya el cariz de unicidad) e invicto (ep. 118,3,21). Sobre su identidad regia nos habla el CEC en 783,786,908 y 2105.

62 Es al mismo tiempo verdadero Sacerdote y Señor del Sábado (qu.Mt. 1,10). Como primer Rey del pueblo aparece la figura del Rey David (civ.Dei 17,9).

63 Civ.Dei 15,8. También se alude a esta idea en civ.Dei 17,16. Teniendo en cuenta esta premisa, y mirando a la historia antigua, puede establecerse un paralelismo antagónico entre Rómulo y Cristo. Roma, a través de sus paladines paganos, diviniza a Rómulo en quien halla el fundador de la ciudad terrena. Los cristianos reconocen la divinidad de Cristo y admiten que Él es el fundador de la ciudad eterna, la Jesusalén celestial (cf. BRUGGESSER, P., «City of the Outcast and City of the Elect: The Romulean Asylum in Augustine's "City of God" and Servius's "Commentaries on Virgil"», en *Augustinian Studies* 30 [1999] 103).

64 El grano de mostaza, la siembra, la lámpara sobre el celemín, la perla de gran valor, el dracma perdido, la pesca milagrosa... Así en la ciudad de la que Cristo es Rey crecerá el reino de Dios, siempre que se prefiera reinar con Cristo y hacer frente con valentía a las tentaciones (ep.Rm.inch. 18).

dominio, realeza, soberanía y fuerza del amor. Cristo ha reinado y ha triunfado en Agustín con su verdad y con su amor liberador. Agustín se siente en deuda con tal Rey. Agustín encuentra asombrado que en Cristo rey se condensan la excelencia, la belleza, la grandeza, el poder y la bondad de quien posee una excelsa y amorosa majestad. Él es el gobernador y rector de la historia general y de la historia personal. Su gobierno, su sabiduría y su amor van al unísono. En Él convergen y son superados símbolos, títulos y atributos. En la majestad crística se aglutan las grandezas divinas, el dominio y la potencia del amor misericordioso. Él es el Rey que libera del poder de las tinieblas y que muestra su omnipotencia en el perdón y en la misericordia⁶⁵.

El Señor en el tiempo y en el espacio de la historia⁶⁶

J. Oroz Reta apunta que en la unión hipostática del Verbo se realiza la condición esencial para la construcción de la verdadera historia, que es la existencia de una divinización de la humanidad o una «Deo-Humanidad». El proceso de fusión de los fragmentos temporales de nuestra existencia presupone un encuentro profundo y una estrechísima correlación entre la Divinidad y el hombre, entre el destino divino o los designios de Dios y la misteriosa e incognoscible libertad humana. En realidad lo que da sentido al curso de los tiempos y de la historia es Cristo, que llena todo el proceso de la historia y da valor al tiempo con un principio, un medio y un fin. Ningún proceso puede entenderse sin estos tres elementos, que nos dan a conocer el origen de donde viene el hombre, el curso con que avanza la historia, y la meta final a donde se dirige la humanidad. En la concepción de san Agustín del tiempo y de la historia Cristo asume su inmensa responsabilidad para iluminar toda la existencia humana. Sin él todo es tinieblas y caos. Sin él todos los momentos de la existencia se convierten en estados intermedios, sin conexión con un principio y un fin. Sin la presencia de Cristo en la historia, nuestra existencia es la fuga vertiginosa de los seres que caen en lo oscuro.

65 Cf. PIGNOL, J., «Cristo, fundador y rey de la ciudad de Dios en la obra homónima de San Agustín», *Augustinus* 49/194-195 (2004) 291-294.

66 Cf. OROZ RETA, J., «Cristo y el misterio del tiempo y de la historia según San Agustín», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 11 (1984) 107-116.

Como dice el pensador africano *Christus factus est temporalis ut nos homines aeternos faceret*, es decir, el tiempo se ha aliado con la eternidad en virtud de la temporalidad adquirida por Cristo. El Señor se convierte en el eslabón que da unidad y realidad al pasado y al futuro, en virtud de su esencial presencia en la mente de Dios. Así los tiempos con Cristo no corren en vano, porque en él se logra el verdadero fin de la historia que es salvar a los hijos de Adán. La nueva Historia que Cristo introduce en el mundo es de redención y de hombres redimidos. Así el tiempo –según Oroz Reta– se inserta de modo admirable y profundo en la eternidad, porque la redención es obra del Eterno y para la eternidad. El misterio de la redención devuelve su dignidad y su sentido al tiempo. Por obra de Cristo subsisten los tiempos y se llenan de contenido divino⁶⁷.

El descenso del Señor⁶⁸

Agustín admite toda una cadena de mediaciones “visibles”, humanas e históricas, en orden a la salvación eterna. Al mismo tiempo, reconoce que en la cruz hay un elemento central y decisivo en el proceso de abajamiento del Hijo de Dios, para acercarse a nosotros. Agustín representa gradualmente el *descensus* del Verbo, desde su gloria a la diestra del Padre hasta la humildad del nacimiento humano; en este nacimiento -señala el hijo de Santa Mónica- mucho hay de bonito y resplandeciente. Todavía le queda al Hombre-Dios un largo camino de humillación, hasta la ignominia de la cruz. Y esto es precisamente lo que salva: la cruz.

La centralidad de la cruz en la teología agustiniana es especialmente testimoniada, en opinión de Claudio Pierantoni, por estar presente en pleno comentario al evangelio de Juan: “*icree en el Crucificado y podrás llegar a la patria!*” (*Io.ev.tr. 2,4*), advierte Agustín. La humillación de la cruz de Cristo, fuente de la salvación, es querida y predesti-

67 Cf. OROZ RETA, J., «Cristo y el misterio del tiempo y de la historia según San Agustín», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 11 (1984) 107-116.

68 Cf. PIERANTONI, C., *Las mediaciones de la salvación en San Agustín*. Disponible en la web: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0049-34492001000100008#38 / Consulta: 01.04.2020.

nada por Dios desde toda la eternidad; sin embargo, no puede producirse sin involucrar la voluntad humana, y primariamente la voluntad humana de Cristo. Él nos enseña a obedecer, pues de la obediencia humana de Cristo viene el perdón de Dios y la posibilidad misma de nuestra renovada obediencia humana.

El neoplatonismo no hablaba de la alienación humilde del Hijo de Dios ni de su humanación en bajeza. Porfirio desprecia la propia encarnación de Cristo como principio purificador, según critica el obispo de Hipona en *civ.Dei* 10,24. No obstante, la dignidad del Hijo de Dios se expresa en su abajamiento terreno (en línea de *Flp* 2,6-11), a través de la *forma servi*. Es aquí donde se condensa la economía salvífica de la *kenosis* redentora de Cristo. Agustín advierte que el hombre cae y que Cristo desciende⁶⁹. En Cristo, Dios se acerca al hombre para levantarle de su postración y del peso de sus pecados. El hombre no puede hacer nada por sí mismo para remediar su situación: Dios se acerca al hombre. La redención es un misterio en que Dios desciende para acercarse desde la misma naturaleza humana al hombre, y así elevarlo hacia Dios. Cristo-Palabra es el camino que se encarna para, a través del misterio pascual, reconducir hacia Dios a todos los hombres. Dios se abaja y se acerca. No considera ajena la realidad humana, sino que la asume para poder redimirla. Por ello, la encarnación de Cristo, en ese movimiento de abajamiento, es comparada, entre otras cosas, con *una lámpara de barro* que ilumina y brilla. El barro de la lámpara es la condición humana asumida por el Verbo, la luz inextinguible que brilla en ella es la divinidad. Cristo es también *la mano que desciende de Dios* para levantar hacia lo alto al hombre caído en el camino, pues se encuentra incapacitado de levantarse para proseguir su itinerario. Ante esta mano, Agustín no pierde la oportunidad de recomendar a sus oyentes que se abracen, se cojan fuertemente de ella, pues Cristo es esa mano redentora de Dios.

Cristo, en su descenso hacia los hombres para redimirlos, es también *el pastor amantísimo* que, enamorado de todas sus ovejas, busca a la que se había perdido, para llevarla, como el pastor de la parábola

69 Cf. EGUIARTE BENDÍMEZ, E. A., «El descenso de Cristo en algunas ‘Enarrationes in Psalmos’ de san Agustín», *Augustinus* 54/214-215 (2009) 295-314.

evangélica, sobre sus hombros de nuevo al redil. Cristo es además *el Señor de los ángeles*, quien se encarna; fue enviado no a salvar a los ángeles, sino a los hombres. Finalmente, Cristo es *el buen samaritano* que, compadecido de la situación miserable del hombre, ha descendido para sanar y curar sus heridas y llevarlo a la casa del Padre. En todo lo anterior advertimos el amor y la benevolencia de Dios, que siempre busca al hombre por todos sus caminos, para llevarlo a la salvación.

El sacrificio del Señor⁷⁰

En el sacrificio del Señor en la cruz se dan cita cuatro elementos que caracterizan el sacrificio en la teología agustiniana: (1º) quién ofrece, (2º) a quién se ofrece, (3º) qué se ofrece y (4º) por quiénes se ofrece. Cristo es -al mismo tiempo- sacerdote y víctima (el que ofrece y lo que se ofrece). No existe ningún sacerdote ni ninguna víctima más agradable a Dios. Al hacerse hombre, el Verbo no dejó de ser Dios; por eso, Cristo es no solamente el sacerdote que ofrece y la víctima ofrecida. Siendo un solo Dios con el Padre, es también el Dios a quien se ofrece el sacrificio. ¿Y por quiénes se ofrece el sacrificio? Es evidente que la muerte redentora del mediador nos alcanza salvíficamente a todos los hombres abiertos a la *gratia Christi* (cf. Trin. 4,14,19; enar.psal. 132,7; civ.Dei 10,20)⁷¹.

Es uno el sacrificiado⁷². Agustín establece la unicidad de la persona y la dualidad de naturalezas en Cristo (cf. ser. 186,1). Agustín brilla en esta argumentación teológica. Hay unión de las dos naturalezas en la única persona de Cristo. Emplea el concepto de *persona* como sujeto de atribución. Tal es la unidad de persona que el mismo Hijo de Dios es también Hijo del hombre. El mismo que es Hijo del hombre es Hijo de Dios, porque, uniéndose en unidad de persona el Hijo del hombre al Hijo de Dios, resultó una y misma persona que es Hijo de Dios e Hijo del hombre también. No estamos ante la unión moral de dos per-

70 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC, Madrid 2004, pp. 161-171.

71 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, pp. 170-171.

72 Y aunque es sacrificado es hermoso. A fin de que sepáis que es hermoso el Cristo que es amado, dice el profeta: «es el más hermoso de los hijos de los hombres». Su hermosura supera a la de todos los hombres (cf. enar.psal. 127,8).

sonas, sino ante la unión absoluta de una persona en ambas naturalezas; repetimos, se une en unicidad de persona a una y otra naturaleza (*in unitate personae copulans utramque naturam*) (cf. ep. 137,3,9; ench. 35; Trin. 2,6,11; c. Max. 1,18)⁷³. A algunos les costó identificar al sacrificado con el Señor. Vieron el fruto de su ensañamiento con Él y, al contemplarle pendiendo en la cruz, movían la cabeza diciendo que si era el Hijo de Dios, que descendiera de la cruz (enar.psal. 40,13).

La Pascua del Señor⁷⁴

En la Pascua del Señor reconocemos y celebramos la actuación del *Christus regenerator* (que nos engendra de nuevo a una esperanza), del *Christus recreator* (que actúa mediante su Espíritu para transformar al hombre en un ser nuevo), del *Christus vivificator* (que nos dona la vida del Verbo de Dios, del Viviente, que es la “vida de los vivientes”), del *Christus Illuminator* (que nos lleva a mirar a la aurora, al tiempo que ofrece una luz intensa a los que viven en tierra de sombras e ilumina a todo hombre que viene a este mundo, para hacer luminosas las tinieblas), del *Christus salvator* (que se asocia al *Christus medicus* y al *Christus salus*), del *Christus redemptor* (en el cual se da el “intercambio de mercancías”, según el cual Él asumió la naturaleza humana para conferir a la humanidad la plenitud de vida) y del *Christus remunerator* (que pagó al ladrón converso lo que le debía por su gran fe).

Gracias a la Pascua del Señor hallamos nuestra salvación. La Pascua -celebrada en el contexto bautismal- es el acontecimiento de la salvación en el pensar agustiniano. En la Pascua nuevas legiones de fieles nacen a la vida de Cristo y de la Iglesia. Celebrar la Pascua de Cristo significa renovar gozosa y eficazmente el acontecimiento que en ella se conmemora.

73 Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, pp. 161-162.

74 Cf. HEVIA BALLINA, A., «La Pascua de Cristo, acontecimiento de salvación, en la predicación de San Agustín», en *Studium Ovetense* 5 (1977) 155-172.

5. CONCLUSIONES

- 1^a. *Agustín quiere una cristología teológicamente ortodoxa.* Es un delito no pequeño –en palabras de Agustín– el mantener algunas opiniones no rectas ni verdaderas acerca del Unigénito Hijo de Dios (cf. ep. 219,1). No hemos de avergonzarnos de decir que Cristo es el Hijo de Dios (ser. 215,5). Quien se avergüence del Señor delante de los hombres, verá cómo el Hijo del hombre se avergonzará de él delante de los ángeles²⁰.
- 2^a. *Agustín brinda una amplia gama de títulos cristológicos.* No olvidemos que Cristo es el Maestro-Hijo de Dios (Simpl. 1,2,14). San Pablo llama al Hijo la "Virtud" y la "Sabiduría" de Dios; la virtud dice orden a la operación, y la sabiduría a la ciencia (en el Evangelio, la operación y la sabiduría están indicadas donde se lee: "Todo se hizo por Él"; y la ciencia y el conocimiento de la verdad, en aquellas otras palabras: "Y la vida es la luz de los hombres") (mor. 1,16,27). El propio Cristo (según Trin. 15,7,12) es Sabiduría de Dios Padre, propia del Hijo en cuanto Dios encarnado. Al mismo tiempo es Hijo de Dios, eterno, siempre existente con el Padre⁷⁵. Él es el Hijo del Hombre, el gran Auxiliador y el Hijo de Dios. Pero esto no debería eclipsar el rol jugado por su humanidad (históricamente limitada), en su única persona⁷⁶. Es el Hijo Mayor (enar.psal. 55,16). Innumerables posicionamientos humanistas –de corte cristiano– han bebido en Agustín. Él reconoce en Cristo al Redentor, al Hijo de Dios, al que sana su libertad, al que le invita a recomenzar su vida⁷⁷... Justificando hace hijos de Dios (Jn 1,12), posibilitando la *deificatio* (enar.psal. 49,2). El que justifica deifica, y justificando hace hijos de Dios (enar.psal. 49,2). Agustín indica que el Padre es origen veraz del Hijo-Verdad; el Hijo es la Verdad, nacida del Padre veraz; y el Espíritu Santo es la Bondad, emanada del Padre bueno y del Hijo bueno. Las tres personas de

75 Cf. ELGERSMA HELLEMAN, W., «“Christ, the wisdom of God”. The Logic of Attribution in Augustine’s “De Trinitate” 5-7», en *Studia Patristica* 49 (2010) 274-275.

76 Cf. DUQUOC, CH., *Christologie essai dogmatique (I). L’homme Jésus*, Les éditions du Cerf, Paris 1968, pp. 187-188.

77 Cf. TRAPÈ, A., *Agostino e Lutero. Il tormento per l’uomo*, Ed. Augustinus, Palermo 1985, p. 25.

la Trinidad son una divinidad igual y una inseparable unidad. Lo subraya en el ser. 71,18. Asegura que el Hijo de Dios es nuestro hermano, porque es nacido de la Virgen María (Io.ev.tr. 21,7). Es Maestro. Ya en *De vera religione*, Agustín describe la vida completa del Hijo de Dios como una instrucción moral. Lo mismo ocurre a lo largo en la ep. 11. Es el Inmortal. En el caso del cristianismo la inmortalidad no es aplicable sólo al Padre, sino también al Espíritu Santo y al Hijo (ep. 238,2,11). Por Él y con su ayuda se harán inmortales en gracia todos los que son hijos de Dios (ep. 190,2,8). Es el Dios inmortal, el Dios invisible, al único que se le dará el homenaje del honor y la gloria. Y esto aplicado tanto al Padre como al Hijo, como también al Espíritu Santo (ep. 238,2,11). Es Vivificador. En Cristo somos todos vivificados y hechos hijos de hombre (ep. 140,8,21). El Hijo es Sabiduría: señala explícitamente que el Hijo es llamado con propiedad *Sapientia* y que el Espíritu Santo es llamado con propiedad *Amor*⁷⁸.

- 3^a. *Agustín subraya que el Hijo es la Cabeza.* Quien resucitó a su Hijo dejó en la Cabeza un ejemplo para el resto del Cuerpo eclesial (ser. 361,3). Los seguidores del Hijo-Cabeza pertenecemos a la Iglesia-Cuerpo. Agustín dice que la Iglesia debe estar agradecida, ya que conoce las cosas ocultas del Hijo (enar.psal. 9,6). Dentro de la Iglesia aprendemos a ser hijos de luz y pasamos a ser “adoptados para el Reino de Dios” (ser. 194,1). El ser “hijos” de la *Ecclesia Mater*, corresponde a todos los miembros de la *Catholica (quia ecclesiae toto orbe difusa est)*. Hemos de evitar particularismos como los pretendidos por los donatistas⁷⁹, cuyos rasgos excluyentes hoy pudieran asomar en otros grupos eclesiales.
- 4^a. *Agustín expone una íntima vinculación del Hijo con su misión.* La misión del Hijo consiste en manifestar su esencia. Cuando el Hijo muestra su “ser” es cuando despliega su “hacer” y cuando nos ayuda a convertirnos y a vivir éticamente bien. En Él, el pueblo ve una gran luz (*Is 9,1-2,6*), que nace de lo alto (*Lc 1,78*) y alumbra a las

78 Cf. STUDER, B., «History and Faith in Augustine's “De Trinitate”», en *Augustinian Studies* 28 (1997) 47.

79 Cf. PALMERO RAMOS, R., “*Ecclesia Mater*” en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, pp. 189-191.

naciones (*Lc 2,25-32*). Él hace viable el proceso de *theosis* para conocer y amar a Jesús como Pedro [cf. ser. 229 (O-P-Q)]. La misión crítica evidencia también que el Hijo es rico en misericordia. No nos abandona. Afirma San Agustín –y con esto concluimos– que la misericordia divina y la gracia que se predica a los hombres por Cristo hombre no abandonan a aquéllos que viven de su fe y le adoran con piedad; esto ocurre tanto cuando toleran los males de esta vida y los sufren con fortaleza como cuando usan delicada y misericordiosamente de sus bienes (cf. ep. 137.20)⁸⁰.

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

80 Más allá del pensamiento agustiniano, ofrecemos unas cuantas pistas de bibliografía secundaria sobre Cristología general, vinculadas a Jesús, el *Cristo*, el único *Hijo, nuestro Señor*. Los autores aparecen alfabetizados por apellidos: ALONSO GONZÁLEZ, L. J., *Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador* (Encuentro, Madrid 2005); AMATO, A. *Jesús, el Señor* (BAC, Madrid 2009^{2a}); ARIAS REYERO, M., *Jesús el Cristo. Curso fundamental de cristología* (San Pablo, Madrid 1990^{3a}); AUGUSTIN, G. (ed.), *Jesús es el Señor. Cristo en el centro* (Sal Terrae, Santander 2014); BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret I (Desde el bautismo a la transfiguración), II (Desde la entrada en Jerusalén a la Resurrección) y III (La infancia de Jesús)* (Planeta, Barcelona 2012); CODA, P., *Dios entre los hombres. Breve cristología* (Ciudad Nueva, Madrid 1993); DURWELL, F. X., *Jesús, Hijo de Dios en el Espíritu Santo* (Secretariado Trinitario, Salamanca 2000); GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Cristología* (BAC / Sapientia Fidei. Serie de Manuales de Teología, Madrid 2017); GRANADOS, J., *Teología de los misterios de la vida de Jesús* (Sigueme, Salamanca 2009); GRILLMEIER, A., *Cristo en la Tradición cristiana* (Sigueme, Salamanca 1997); HÜNERMANN, P., *Cristología* (Herder, Barcelona 2009^{2a}); KASPER, W., *Jesús el Cristo* (Sal Terrae, Santander 2013); LADARIA, L. F., *Jesucristo, salvación de todos* (San Pablo-Comillas, Madrid 2004); PONCE CUÉLLAR, M., *Cristo, siervo y Señor* (Comercial Editora de Publicaciones C. B., Valencia 2007); SAYÉS, J. A., *Señor y Cristo. Curso de Cristología* (Palabra, Pamplona 2005); SCHÖNBORN, CHR. von, *Dios ha enviado a su hijo: Cristología* (Comercial Editora de Publicaciones C.B., Valencia 2006); SESBOÜÉ, B., “*Redención y salvación en Jesucristo*”: VV. AA., *Salvador del mundo. Historia y actualidad de Jesucristo. Cristología Fundamental* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1997); SESBOÜÉ, B., *El Dios de la salvación. Col. Historia de los dogmas II* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1995); SESBOÜÉ, B., *Jesucristo, el único mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación [2 vols.]* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1990-1993); URÍBARRI, G., *La singular humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea* (San Pablo-Comillas, Madrid 2008); VILLEGRAS RODRÍGUEZ, M., *San Agustín in diem Natalis Domini*. Disponible en la web: file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-SanAgustin InNataliDomini-3040876%20(5).pdf / Consulta: 04.04.2020].